

## CAPÍTULO XV

### NOCHE PROFUNDA

Las cinco de una bella tarde de Abril serían, cuando Dolores se hallaba con sus padres en la misma habitación que ya conocemos: los acompañaba el señor Cura de la parroquia de San Marcos, que era el que por la noche jugaba al tute en la tertulia en más dichosos tiempos.

Porque á la sazón no había tertulia, y el tétrico silencio imperaba en aquella casa, poco tiempo antes tan alegre y tan risueña.

Dolores, sentada en una silla baja, cosía una pieza de tela blanca.

Su madre, sentada enfrente de ella, hacía calceta, y de vez en cuando alzaba sobre su hija una mirada de conmiseración profunda.

Don Pedro, sentado en un rincón de la estancia, tenía la cabeza oculta entre las manos, y los codos apoyados en los brazos del sillón que ocupaba.

De vez en cuando, un estremecimiento convulsivo recorría todo su cuerpo.

Á su lado estaba sentado el señor Cura.

En los padres de Dolores había habido, en el espacio de pocos días, una extraordinaria y dolorosa transformación.

Doña Amparo, siempre delgada, parecía la sombra de sí misma.

Una extrema palidez cubría sus facciones; sus ojos, aún hermosos y expresivos, se habían hundido á fuerza de llorar.

Dolores conservaba su hermosura de diez y seis años, pero ya ajada y marchita: era una flor que el cierzo había agostado, y que ya no debía volverse á levantar con su frescura y lozanía.

Ya no había rosas en sus mejillas, ni alegría en sus ojos, que brillaban con sombrío fuego; pero su belleza era tan grande y tan hechicera que resplandecía aún entre las tinieblas de su dolor.

—Vamos, amigo mío, ánimo—dijo el Cura, que acudía allí para consolar aquel gran desastre:—¿á qué es desesperarse así? Apure usted ese cáliz que Dios le envía, y ponga todos los medios para que no se haga más amargo.

—No puedo con mi desgracia, señor—respondió don Pedro alzando la cabeza y descubriendo su semblante, tan lleno y sonrosado en otros días, y ahora flaco y pálido. El desgraciado parecía ha-

ber envejecido veinte años en tan breve espacio de tiempo.

Su mirada desolada y triste se fijó en su hija, y de sus amortiguados ojos brotaron chispas de ira.

—Váyase usted de aquí, señora—le dijo:—no la llamo á usted señorita, porque la considero unida á un hombre que merecidamente la abandona y la desprecia.

—¡Perdón, padre mío!—exclamó Dolores dejándose caer de rodillas, sin atreverse á llegar hasta el anciano.

—¿De qué la he de perdonar yo?—preguntó don Pedro amargamente:—ese perdón pídaselo usted á sí misma. Para usted es el mal, más que para mí y para su madre; porque si es verdad que nos da la muerte, lo es también que nos da el canso. Pero usted ¿qué ha de esperar ya en el mundo? ¿Qué hombre honrado le dará su nombre ni querrá que sus hijos lleven el de usted?...; ¡el de usted, que es el mío, siempre tan puro y tan honrado, y que usted ha arrojado al desprecio de las gentes!

—Retírate, hija mía—dijo el Cura á Dolores, al ver que don Pedro, sofocado por la ira y el dolor, había vuelto á sepultar el semblante entre sus manos.

Dolores dejó su humilde postura; una lágrima única y silenciosa rodó por su mejilla, y salió con paso lento de la estancia.

—Pedro—dijo doña Amparo, que se había aproximado á su marido,—lo que haces no es justo ni cristiano: aun prescindiendo de que es tu hija, ¿es acaso caritativo acosar así á una pobre criatura caída? ¡No es esa la doctrina de Jesucristo!

—¡Ay!..., ¿es que me muerol...; ¿es que la pena me ahoga!...—exclamó el anciano, que parecía sufrir, en efecto, de una manera cruel.—¡Cuándo, Dios mío, me llamarás á tu seno!

—¿Y yo, Pedro?—exclamó doña Amparo, que se deshacía en lágrimas;—¿y yo? ¿No soy nada para ti? Si te vas de este mundo, yo te seguiré, y entonces ella quedará sola..., sola!... ¿Lo oyes? ¡Qué horrible palabral

—Vamos, amigos míos, eso es ofender á Dios—dijo el Sacerdote.—Simona—añadió levantando la voz,—un vaso de agua.

La criada lo trajo al instante, y el buen vicario se lo hizo beber á don Pedro. Luego dijo á doña Amparo.

—Siéntese usted aquí, y hablemos con calma y como personas de razón: los extremos á nada bue-

no conducen. Señora doña Amparo, usted, verdadero y santo amparo de su hija en esta calamidad, ¿por qué no hace que escriba al Conde? Dicen que ya ha vuelto de Sevilla: este paso nada cuesta, á nada compromete, y tal vez ablandaría su corazón duro y helado.

—¡Ay, señor Cura!—respondió doña Amparo con profunda tristeza.—¡Ya le escribí antes de que se marchase de Madrid! ¡Ella me lo ha confesadol

—¿Y no ha respondido?

—¡Ni una sola palabral

—¿Se sabe de cierto que la carta llegó á su poder?

—Sin ningún género de duda: Simona se la dió á su ayuda de cámara, que le aseguró haberla entregado en propia mano.

El señor Cura quedó pensativo y silencioso. Después de un rato, dijo:

—¿Quieren ustedes que vea yo al Conde?; ¿que le hable, que le haga oír la voz de su deber y de su honor?

—¿Oyes lo que dice el señor Cura, Pedro?—preguntó doña Amparo.

En vez de responder á lo que su esposa le decía, levantó el anciano su abatida cabeza: sus ojos

irritados extendieron en torno suyo una mirada en la que brillaba el extravío, y murmuró:

—¡Esa mujer!... ¿Dónde hallaré yo á esa mujer!...

—Vamos, Pedro, por Dios, no pienses en eso...; ten conformidad... Ya sabes que esa furia que vendió á nuestra pobre hija, ha salido de casa de sus hermanos, y que ni estos mismos saben de ella.

—¡Y no poder matarla yo!... ¡Cómo se aliviara mi pecho de esta rabiosa sed de venganza que me acosa!—exclamó aquel hombre, de condición tan blanda y apacible toda su vida.

—Dios nos manda perdonar, amigo mío—observó el Sacerdote con dulzura:—obedezcámosle, para que á nuestra vez seamos perdonados. ¡Eal, voy á casa del Conde ahora mismo: ya sé dónde vive, pues se mudó de ahí enfrente.

—¡Ah, sí!—murmuró sombríamente don Pedro;—así arrebatava toda esperanza á su víctima. ¿Por qué no hay una ley que haga enterrar vivos á esos asesinos de la honra ajena? ¿Por qué un padre ultrajado no puede matar á la hija culpable y á su cómplice?

—¡Pedro, Pedro, yo no te conozco!—exclamó llena de terror doña Amparo:—¡tú, tan bueno,

hasta tan débil con Dolores, ahora eres duro y feroz! ¡Bien te decía yo, que si algún día era desgraciada, no sería tu amor el más eficaz y consolador para ella!

Don Pedro no respondió: agitaba todo su cuerpo un violento temblor, una agitación convulsiva; su rostro estaba pálido como el de un cadáver, y sus ojos vidriosos y extraviados.

—¡La convulsión! ¡La convulsión otra vez!—exclamó con terror doña Amparo.—¡Dolores, Simona, acudid!

Las dos llegaron presurosas, y ya era tiempo: don Pedro se había desplomado en el suelo, entre horribles sacudimientos, sin que todos los esfuerzos del señor Cura y de doña Amparo bastasen á sujetarle.

Al ver á su hija, el semblante de don Pedro expresó de nuevo la aguda y feroz pena que se pintaba en él siempre que fijaba en aquella doliente fisonomía sus miradas.

Quiso hablar, y no pudo: sus dientes apretados no daban paso á ningún sonido; pero fué tan terrible la expresión de su fisonomía, que doña Amparo dijo á Dolores:

—¡Retírate, hija mía!

—¡Madre, madre! ¿Y nada he de hacer para

aliviarle? ¿Y no he de poder ni aun verle?—gimió la desventurada niña.

—Hija, resígnate á la voluntad de Dios.

—Ya está aquí el señor médico: conozco su modo de subir la escalera—dijo Simona oyendo antes que nadie el ruido de unos pasos muy lejanos aún. Corrió á abrir la puerta, y entró después seguida de un hombre de dulce y reposada fisonomía y de mediana edad.

Era un nuevo doctor, llamado para asistir á don Pedro, que no había querido volver á ver al que le había revelado la falta de su hija.

El doctor, sin dejar de la mano su sombrero, se acercó rápidamente al enfermo, y dijo con acento breve:

—Es preciso acostarle... al instante; llevémosle á la alcoba.

Ayudado del señor Cura, transportó él mismo al enfermo, y entre los dos y doña Amparo le desnudaron, acostándole en su lecho.

—Voy á ver á ese hombre—dijo el Vicario en voz baja á doña Amparo.

—Y yo también—añadió una voz triste y profunda á espaldas del Sacerdote.

Era la de Dolores: estaba allí vestida de negro, y cubierta con una mantilla muy usada,

pues doña Amparo había ya vendido, entre algunas otras prendas de valor, la que tenía de blondas, para atender á los gastos de la enfermedad de su esposo, después de consumir todos los ahorros que constituían el dote de Dolores.

La desgraciada familia había llegado rápidamente á la miseria.

—¡Qué dices, hijal—exclamó doña Amparo.

—Madre—respondió Dolores con una resolución sombría:—sola iba á pedir á ese hombre, con mi honra que me arrebató, la vida de mi padre, y el padre que mi hijo necesita. Si va el señor Cura, tanto mejor: iré en su compañía.

—Dice bien Dolores—observó el Vicario:—irá conmigo, y nada tiene que temer. Su vista hará más fuerza que la mía en ese hombre, que no dudo cederá.

—¡Ay!; ¿y qué haremos con que ceda?—exclamó llorando la pobre madre;—¿qué felicidad puede prometerse esta infeliz criatura unida á él?

—No espero ni deseo otra—repuso la joven—que la de devolver á ustedes la paz y la tranquilidad. Si él es un mal esposo, me diré que esa es mi cruz y mi expiación. Vamos, señor Cura. Madre, rece usted por mí á la Virgen de los Dolores en tanto que estoy lejos de usted.

El Sacerdote y la joven salieron juntos: atravesaron algunas calles, y llegaron á la del Carmen, deteniéndose en una hermosa casa situada enfrente del templo que lleva esa santa advocación.

Dolores caminaba con trabajo: una angustia indescriptible la impedía respirar. Su extrema palidez, su triste mirada, su traje negro, la hacían asemejarse al genio de la desesperación.

El bondadoso Sacerdote conoció lo que pasaba en aquella alma, tierna y enérgica al mismo tiempo, que se destrozaba de dolor.

—Hija mía—le dijo afectuosamente:—¿por qué te abates? Ahora ten buen ánimo, que tal vez tus penas tocan á su fin.

—¡Ay, padre mío!—respondió Dolores.—¡Yo no sé qué amargo presentimiento se ha apoderado de mí, que tiemblo más que nunca!

—Aquí debe de vivir el Conde—dijo el Vicario entrando en la suntuosa casa, que ya ha desaparecido para dejar lugar á la construcción de dos ó tres modernas jaulas.

Dolores no le oyó: se hallaba de pie en la puerta, mirando absorta á algunas personas lujosamente ataviadas que salían de la iglesia que se elevaba delante de sus ojos como un puerto de consuelo y de esperanza.

—Es una boda—dijo un hombre que se hallaba en el umbral de una tienda inmediata, dirigiéndose á la joven.

—¿Una boda?—repitió maquinalmente Dolores.

—Sí, señorita; una boda de la grandeza: la del señor Conde que vive en ese cuarto principal, con una señorita de la aristocracia: creo que la novia se llama doña Rita Ponce de León.

Puede asegurarse que Dolores no oyó lo que la decían, porque su vista se hallaba fija en las dos personas que salían de la iglesia á la sazón, que eran las más bellas y elegantes, y á las que la gente que pasaba casualmente y se había detenido á ver el festejo, saludaba con esta exclamación:

—¡Los novios, los novios!

Un agudo grito salió de los labios de Dolores, arrancado de su corazón.

Había reconocido á Gonzalo, que, dando el brazo á una preciosa joven, salía del templo con el rostro lleno de alegría.

El Vicario oyó aquel grito: siguió la dirección de los extraviados ojos de Dolores, y comprendiendo algo de lo que pasaba, acudió á sostenerla, creyendo que iba á desmayarse.

Pero Dolores no llegó á perder el sentido: el

exceso de su indignación venció al de su dolor, y en aquel instante mismo dejó de ser la niña tímida y llorosa, para convertirse en la mujer fiera, arrogante y vengativa, que había de ser ya todo el resto de su vida.

Un subido y repentino carmín cubrió sus facciones; sus ojos lanzaron rayos de furor; sus dientes se chocaron con un ruido que daba miedo; por su frente corrían menudas gotas de sudor helado; todo su cuerpo temblaba con la destrozadora convulsión de la ira; sus finos labios, tan dulces antes, tan carmíneos, estaban casi azules; la bella, suave, dulce, tierna y alegre Dolores, había desaparecido, y quedaba la Dolores terrible, dura, osada y cruel; la virgen adorada é inocente, había dejado el sitio á la mujer burlada y escarnecida.

En tanto que Dolores había ido pasando por esta transformación, los novios se habían ido acercando y habían llegado á la puerta de su casa, en cuyo umbral se hallaban la joven y el señor Cura.

Al entrar el Conde dando el brazo á su esposa, Dolores se puso delante de él, pálida, terrible, rígida: levantó su mano, y descargó en el rostro de Gonzalo una bofetada que resonó estridente á larga distancia.

El Conde, aturdido, se volvió y se halló cara á cara con aquella fatídica y enlutada figura, que le miraba con una cólera helada.

—¡Te he marcado en el rostro por infame, por cobarde, por embustero!—dijo la joven.—Nada querría de ti, aunque pudieras devolverme mi honor, porque aún me queda más que el que me darías con tu nombre.

Dichas estas palabras, volvió la espalda, y echó á andar á lo largo de la calle con paso fatigoso.

Un escándalo provoca siempre la hilaridad, y la plebe grosera no se detiene á pensar cuánto dolor suele haber en el fondo de él: todas las personas allí reunidas tomaron el partido del poderoso, y empezaron á reir y á silbar á Dolores, que volvió hacia ellas su rostro, trastornado por el dolor y la cólera.

Algunos, que habían reparado en su estado, la dirigieron dicharachos groseros é insultantes; los chiquillos, ávidos siempre de la novedad y de los alborotos, corrieron tras ella, y hubo alguno que le arrojó piedras.

El ministro de Dios fué el que defendió y amparó á aquella desventurada criatura; alcanzóla en su carrera, abriéndose paso entre el gentío, y se puso á su lado.

—¡Dejadnos, hijos!—dijo á la infame turba, volviéndose con la incomparable majestad de la religión caritativa;—¡respetad una gran desgracia... y un gran dolor!

Los perseguidores de la joven se dispersaron silenciosamente.

—Hija mía—dijo el anciano Sacerdote,—Dios nos manda perdonar y condena la cólera: pídele perdón de la tuya y espera en Él.

—¡De la casa de Dios ha salido la desgracia de toda mi vida!—respondió Dolores con voz sorda y amarga risa.—¿No se ha verificado en ella su casamiento, ese casamiento que hace imposible la reparación de mi honor? ¡Dios me abandona, como todos!

—¡Dios no abandona jamás á los que sufren!—dijo el Sacerdote,—y tú hallarás su mano providente para ampararte, pobre hija mía.

El silencio reinó hasta que llegaron á la humilde casita ocupada por la joven y sus padres, antes tan alegre, y ahora desolada porque la muerte había entrado en ella.

Dolores y su venerable compañero subieron la escalera, y encontraron abierta y entornada la puerta de la habitación.

Al entrar en la salita de la que poco antes ha-

bían salido, hirió sus ojos un tristísimo espectáculo.

Don Pedro Herrera, tendido en su lecho, lívido, desencajado por una agonía terrible, apenas respiraba.

El doctor, de pie al lado del lecho, le contemplaba con silenciosa angustia.

Un Sacerdote, aún revestido con las insignias de la iglesia, acababa de administrarle la Extremaunción. Doña Amparo sollozaba de rodillas junto al lecho. Simona lloraba en un rincón.

Hallábanse allí también los padres de Modesta, doña Tecla, don Atilano y hasta el tío Vicente y su hija, que habían subido á acompañar á doña Amparo y á Dolores en tan amargo trance.

La joven se acercó al lecho con paso rápido, miró á su padre con desencajados ojos, y lanzó un grito.

Al eco de aquella voz, el anciano abrió los suyos, y clavó en su hija una mirada empañada por las sombras de la muerte.

Dos veces movió los labios, sin que de ellos saliera ningún sonido; por fin, un esfuerzo sobrehumano dió paso á su voz, y preguntó á su hija con acento congojoso:

—¿Le has... visto?...



—Sí, padre mío—respondió la joven.

—¿Y... qué?

Dolores calló.

—Habla...—dijo el moribundo.

—¡Se ha casado!...

Don Pedro alzó al cielo sus ojos, lanzó un débil suspiro, y puso su ya helada mano en la cabeza de Dolores.

—¡Dios te perdone como yo!—dijo con voz que apenas se oía.

Volviéron á cerrarse sus ojos, sin que separase su diestra de la cabeza de su hija, que permanecía de rodillas, pálida, convulsa, pero sin derramar una lágrima.

La desdichada esposa, arrodillada al otro lado del lecho, se había apoderado de la otra mano, que bañaba con su llanto.

De repente, don Pedro abrió trabajosamente sus amortiguados ojos, y dirigiéndolos alternativamente hacia su esposa y hacia su hija, dijo:

—En el cielo te espero..., Amparo... ¡Adiós..., hija!. He sido algo duro... contigo... porque te quería... mucho..., mucho... ¡No me llores..., que era aquí... muy desgraciado!

Después movió la cabeza con las ansias de la muerte, y tras corta pausa añadió con voz firme:

—¡Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu!...

Con la última palabra exhaló su postrer suspiro.

—Recemos, hermanos—dijeron los sacerdotes arrodillándose.

Dolores cayó desplomada al suelo.